

David Von Drehle

Lo que aprendí sobre la felicidad

LECCIONES DE VIDA DE
MI VECINO DE 102 AÑOS

Traducción de:
JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA

PARA ROBERT D. RICHARDSON JR. BOB
1934-2020
MAESTRO, CAPITÁN Y AMIGO

Uno

Cuando mis hijos eran pequeños, me sentaba cada noche con una linterna en el suelo del pasillo, delante de sus cuartos, y les leía novelas para niños. Leímos miles de páginas de *Harry Potter*, y conocimos Narnia con los niños Pevensie. Devoramos los *Diarios de Greg* y releímos varios tomos de *Catastróficas desdichas*. Por supuesto, también volvimos en más de una ocasión a la granja de los Arable, donde se urdían milagros en *La telaraña de Carlota*.

Disfruté muchos años de un público de oyentes entregados, pero cuando los niños empezaron a desarrollar sus propios intereses supe que se estaba terminando nuestro tiempo en común. Pronto tendrían exámenes finales para los que estudiar, y novios y novias con quienes hablar por FaceTime, y Netflix que ver hasta altas horas de la noche. El momento que temía llegó tras leer la página final de otra aventura de *Peter y los cazadores de estrellas*. La mediana de mis hijas propuso que suspendiéramos

de forma indefinida nuestras lecturas nocturnas, y los otros se mostraron de acuerdo (más deprisa de lo que me hubiera gustado).

Algo antes del final de esas lecturas, los niños se enteraron de que papá era una especie de escritor, así que empezaron a pedirme que les escribiera un libro, uno que pudiera leerles en voz alta, a oscuras y con mi linterna. Yo tenía muchas ganas de cumplir, de sacarme de la chistera un relato tan estimulante como divertido, una historia de jóvenes sobrados de valor y de recursos que se abrieran camino por un mundo lleno de maravillas y peligros. Pero mis intentos de escribir una novela infantil siempre fallaban en algo, y poco a poco me di cuenta de que mi época de lector llegaría a su fin sin haber satisfecho su deseo, y de que mi incapacidad de brindarles un relato adecuado acabaría sumándose al catálogo de decepciones que se llevarían de mí como padre. Los padres, para no dar nunca pie a sus hijos de llevarse una desilusión, siempre esperan ser tan excepcionales como son capaces de imaginárselos sus vástagos gracias a su inocencia. Puede que algunos lo consigan. En mi caso, maduraron y, percatándose de las carencias del suyo, desistieron de pedir un libro escrito solo para ellos.

Y sin embargo, aquí está.

No es el que esperaban, cierto. Las siguientes páginas son una sucesión de hazañas, peligros, tragedias y momentos cómicos, pero en ningún momento aparecen castillos o barcos piratas. Por no haber, ni siquiera hay efusiones amorosas en exceso. Pese a no carecer de un gran atractivo, el protagonista no es un héroe, y menos aún un superhéroe. En este libro brillan por su ausencia los magos, los huérfanos que resuelven crímenes, los viajes en el

tiempo y las arañas con el don de la empatía y del lenguaje. No es el libro que me pidieron. Creo, sin embargo, que es un libro que necesitarán.

Y lo es porque habla de sobrevivir, e incluso prosperar, frente a las adversidades y los cambios revolucionarios. Los niños de hoy en día tienen por delante una vorágine de cambios, algunos previsibles y otros que llegarán con tanta brusquedad como una pandemia mundial. Mi previsión es que los coches sin conductor y los robots que dan conversación serán solo el principio, las primeras y suaves ráfagas de viento de una tempestad. Porque los coches y los robots entran en la categoría de los artefactos, los inventos cuya evolución no cambia necesariamente el mundo. A fin de cuentas, mi generación se hizo mayor en la época de los transistores y las pantallas Trinitron de diecinueve pulgadas. Ahora tenemos Spotify y televisores UHD de ochenta y cinco pulgadas, pero seguimos escuchando música con aparatos que se activan con la mano, y viendo películas en dos dimensiones a través de una pantalla de cristal.

Los cambios revolucionarios son otra cosa. Las revoluciones tienen la capacidad de rehacer sociedades, culturas, economías y sistemas políticos. Basta con analizar la imprenta de Gutenberg: antes de su aparición, la mayoría de la gente no tenía por qué estar alfabetizada; la información viajaba de manera lenta y poco fiable, de boca en boca o en manuscritos copiados a mano, y el saber se acumulaba muy despacio, porque la gente solo sabía lo que podía aprender de sus mayores, dentro de la familia o en el pueblo. Gracias a la imprenta, por primera vez se hizo posible establecer contactos baratos y eficaces entre personas separadas por grandes distancias,

físicas e incluso temporales. Las repercusiones fueron extraordinarias: la Reforma, la Ilustración, las revoluciones científica e industrial, el ascenso de la democracia y de los mercados libres, el final de la esclavitud legal y la era de las exploraciones, incluida la del espacio. Todo ello lo hizo posible la imprenta. Si los tipos móviles —simples bloques de madera y piezas de plomo— podían tener esos efectos, ¿qué cambios no comportará una revolución que pone en la palma de la mano, de cualquier mano, todas las bibliotecas y los idiomas del mundo, y que confiere a todo ser humano el poder de la comunicación de masas?

También la esencia del trabajo está cambiando a medida que la productividad mundial deriva cada vez más de la interacción entre personas y ordenadores. La historia nos enseña que las revoluciones laborales dejan siempre una estela de grandes trastornos. El paso de la caza y la recolección a la agricultura convirtió un mundo de tribus y nómadas en otro de ciudades, estados, naciones e imperios. No hay lugar donde la agricultura de subsistencia se haya visto sustituida por la industrialización y las economías de mercado sin que la cultura haya experimentado un vuelco radical. El mundo feudal de los reyes y los zares dejó paso a un mundo mecanizado de finanzas y de burocracia. Para algunos, este nuevo mundo se caracterizaba por la alienación y los conflictos; para otros, en cambio, era campo abonado para la libertad y las aspiraciones personales. Para las mujeres, por ejemplo, fue una liberación poder tener menos hijos. Así podían vivir más, y tenían más tiempo para pensar; no solo eso, sino que los hijos que tenían estaban mejor alimentados y no les esperaban trabajos tan penosos. Vivir más

se tradujo en tener tiempo para una educación que, a su vez, enseñaba a la gente a soñar. Aunque en la actualidad demos por hecho que los padres siempre han albergado la esperanza de un futuro mejor para sus hijos, durante la mayor parte de la historia humana la expectativa de los progenitores era que sus vástagos tuvieran vidas tan zafias y breves como ellos. El destino estaba marcado por la cuna, bien se tratara de un palacio o una choza.

Yo creo que de la revolución digital ya han empezado a derivarse efectos tan drásticos y de tan gran alcance como de las anteriores. La fuerza subversiva de las redes sociales está transformando la política. A nuestras fuentes de noticias e información —que es de donde mana la conversación cívica— se les están saltando las costuras a causa del poder de elección entre infinitas opciones. Los cotillas algorítmicos y los bares de solteros virtuales están reformulando los rituales de emparejamiento. Se están viendo socavadas las instituciones y hay toda una serie de peligros que han pasado de estar muy acotados a adquirir dimensiones mundiales, desde el terrorismo hasta los nuevos virus.

Los padres quieren dar a sus hijos las herramientas necesarias para triunfar en la vida, pero el mundo al que llegan estos nuevos ciudadanos es tan raro, tan imprevisible, que siempre existe el miedo de que lo que hoy es una herramienta se convierta mañana en una carga. Solo faltaría que nuestros consejos los llevaran por mal camino.

Como testigo de la creciente magnitud de la revolución digital, se me ha despertado el temor de no saber bastante sobre el cambio para servirles de ayuda a mis hijos. Lo conozco a nivel de inventos, de aparatos, pero

lo he visto bastante poco a escala de toda una cultura y una sociedad. Por muy impresionado que me hayan dejado mil y un prodigios tecnológicos, mi vida tampoco ha sido tan distinta de la que tuvieron mis padres.

Cuando ellos eran pequeños, acababa de nacer la radio, y yo la he visto escindirse en emisión convencional, emisión por satélite y *streaming* por internet, pero tanto mis padres como yo hemos vivido en la época de la radio. Lo mismo se podría decir de los aviones, los periódicos, los motores de combustión interna, las cadenas de televisión, el bipartidismo estadounidense, la «medicina moderna» y un largo etcétera de categorías que han proporcionado estabilidad a nuestra vida, a pesar de las sorpresas de los nuevos inventos. Es muy posible, en cambio, que durante la vida de mis hijos se produzca la sustitución de unas categorías por otras.

Me di cuenta de que, para buscarles un modelo, un explorador, alguien que surfeara de verdad en el mar del cambio, tenía que retroceder una o dos generaciones más. Tenía que remontarme a los últimos años del pasado agrícola, esos momentos en que la gente de clase media vivía sin electricidad ni agua corriente, en que los seres humanos no volaban ni existían los antibióticos. Necesitaba encontrar a alguien cuyos primeros pasos en la vida pudieran haber sido reconocibles para campesinos de la época de Napoleón o de Leonardo da Vinci; alguien de ese mundo en que había muchísimos más carros de caballos que automóviles, en que no había imágenes en movimiento, pero sí reyes que regían imperios.

Un estadounidense que, habiendo nacido en los primeros años del siglo xx, hubiera logrado vivir hasta la década de los 2000, tendría un pie en la época de las bestias

de tiro y la difteria —cuando solo el 6% de sus compatriotas terminaban los estudios secundarios— y el otro en la de las estaciones espaciales y la cirugía robótica. Sería una persona que habría hecho el viaje desde *El nacimiento de una nación** hasta Barack Obama, desde la prohibición del voto femenino a la presencia de mujeres al frente de países y grandes compañías, desde los encuentros parroquiales en que los vecinos se llevaban la comida hasta el frenesí dominical de los partidos de fútbol americano, donde cualquier jugada que destaque se repite al momento en pantallas tan altas como edificios de cinco pisos. Cuando nació esa persona, nadie había tocado aún ninguno de los polos de la Tierra, ni tampoco el Everest, pero su vida fue tan larga que llegó a ver pisadas en la luna.

Los que nacieron en los primeros años del siglo xx y llegaron a edades muy avanzadas fueron testigos de cómo se desmoronaban y resurgían con nuevas formas sus lugares de trabajo y culto, y también sus familias y costumbres. Llegaron al mundo justo cuando a la historia, por decirlo en palabras del historiador estadounidense Henry Adams, «le partía el cuello la súbita irrupción de fuerzas completamente nuevas», y conocieron de primera mano el vaivén de consecuencias en que todo aquello se tradujo. ¿Qué se necesitaba para prosperar y hallar la felicidad en una época de tantos trastornos? Esas son las herramientas que quiero legarles a mis hijos: las de la resiliencia y la ecuanimidad frente a las grandes convulsiones y la incertidumbre generalizada.

* Película muda estadounidense de 1915 dirigida por D. W. Griffith, cuyos avances técnicos no utilizados hasta la época la hicieron una de las más famosas de la historia del cine.

Por eso decidí escribirles un libro que les desvelase los secretos de la vida en plena tempestad. Desde el momento en que entendí que era lo que me tocaba como padre, hubiera ido hasta el final del mundo en busca de una historia así. Pero resultó que no hacía falta porque, una tórrida mañana de agosto, al levantar la vista del camino de entrada de mi casa, la vi al otro lado de la calle.

Dos

Era 2007. Mi mujer y yo habíamos arrancado de Washington a nuestros hijos —de nueve, siete, seis y cuatro años—, con raíces y todo, para replantarlos en los alrededores de Kansas City, Misuri. Como dijo una vez Karen al explicar nuestra decisión, estaba cansada del ajetreo de ser madre en la ciudad: atascos, colas interminables, clases de natación a dólar por minuto... También yo estaba cansado, en mi caso de las discusiones, principal pasatiempo en la capital del país. Había encontrado un empleo nuevo y podría teletrabajar. Después de muchos años llenos de emociones en la Costa Este, me disponía a regresar, como hijo de Colorado, al centro del país, donde los cielos son más grandes que los egos.

La mañana a la que me refiero, nuestra nueva casa aún estaba llena de cajas de mudanza a medio vaciar. Caía una de esas olas de calor de agosto, con el resultado de que solo eran las ocho y ya se me había echado encima todo el peso de una nube de vapor al salir a por el periódico

de los domingos, como si me hubiera dado demasiada prisa en abrir el lavavajillas. Hacia la mitad del camino levanté la vista y, un poco deslumbrado por un sol que ya quemaba, vi algo que me hizo pararme de golpe. Al otro lado de la calle, mi nuevo vecino estaba lavando un coche en la entrada de su casa. Tal como lo recuerdo (aunque es un detalle sobre el que no hay consenso en el barrio), el coche en cuestión era un Chrysler PT Cruiser nuevo y reluciente del color del mosto rojo. Quiero pensar que tengo mejor memoria que los que dicen que era un coche menos llamativo. Por otra parte, mi imaginación no da para concebir un automóvil de color Fanta en el camino de entrada del vecino. Ahora bien, si resulta que es cierto que el coche berenjena solo existe en mi imaginación, hay que entenderlo como un homenaje a la dueña, una mujer tan carismática que cualquier otro modelo más normal no estaría a su altura. (A su debido tiempo la conoceremos. Vale la pena esperar).

Sobre lo que no hay discrepancia posible es sobre que mi vecino estaba lavando el coche de su novia una mañana de agosto, a pleno sol. No se me pasó por alto que el citado vehículo estaba aparcado en el mismo sitio donde lo había dejado ella por la noche. Deduje que la cita nocturna del vecino con la glamurosa conductora del posible coche morado había desembocado en una noche compartida, de esas que hacen que por la mañana los hombres luzcan toda su simpatía.

Mi vecino estaba desnudo de cintura para arriba. De hecho, solo llevaba un viejo bañador, además de una manguera de jardín en una mano y una esponja llena de jabón en la otra. A cada nuevo chorro de agua, al aplicar

la esponja, flexionaba su pecho musculoso y se le caía el pelo ondulado sobre un ojo. Era Charlie White.

Ciento dos años.

Hacía pocos días que su yerno Doug, que vivía en la casa de al lado de la nuestra, me había presentado al apuesto doctor. Por aquel entonces, la mujer de Doug era la hija pequeña de Charlie, y se habían instalado en la misma calle que su padre para vigilarlo, aunque a mí me parecía innecesario, la verdad, porque a Charlie se le veía sano, fuerte y de una lucidez a prueba de bombas. Cuando nos conocimos recibí de él un apretón de manos de esos que antes se denominaban «viriles»; no en plan quebrantahuesos, sino en plan «choca esos cinco»; con firmeza y sinceridad. Sus ojos, de color azul zafiro, no tenían nada de turbios. Oía bien y, al conversar, se movía sin problemas entre el pasado, el presente y el futuro. Su ondulado pelo blanco y su gallardo bigote le daban un aire de elegancia vagamente teatral, ampliado por el bastón que sostenía con una mano de forma despreocupada. Fue divertido caer en la cuenta de que, en realidad, se trataba de un hierro de golf al revés. La única manera de que quede estiloso el detalle de usar un palo de golf como bastón es que te salga de dentro. El primer día, compungido, me explicó que no podía jugar al golf por unos pequeños problemas de equilibrio, pero que esperaba volver muy pronto al campo (añadió, agitando el hierro al revés).

En resumen: Charlie era todo un personaje, pero si te presentan a un hombre de ciento dos años lo último que te esperas es que sea el principio de una larga y fecunda amistad. En las tablas de mortalidad no hay margen para sentimientos ni deseos, y lo que recogen es lo siguiente: entre cien mil varones elegidos al azar, solo trescientos

cincuenta —menos del 1%— llegan a los ciento dos años. Como media, a cada uno de estos robustos supervivientes le quedan menos de dos años por delante. A partir de los ciento cuatro, las vidas van cayendo como los últimos granos de un reloj de arena.

Esa mañana pegajosa de domingo, sin embargo, cuando Charlie levantó la vista del coche que estaba lavando para saludarme con un gesto jovial de la mano en que tenía la esponja, vi algo que me hizo pensar que su futuro no cabía en ninguna tabla u hoja de datos. Daba la impresión de que la vida pesaba menos sobre él que sobre el resto de los hombres. Si bien, como pronto veremos, tenía un gran bagaje de tristeza y de trabajo arduo a sus espaldas, no estaba resentido por los insultos de la vida ni protestaba contra sus humillaciones. Tampoco dejaba de disfrutar nunca de sus efímeras bondades y destellos de belleza, a los que acababa de sumarse la rara oportunidad de lavar a mano el coche de una novia poco después de cumplir ciento dos años, bajo la ancha copa de un viejo árbol que se estaba muriendo más deprisa que él, y mientras todo —el coche, el árbol, la esponja con jabón, el vecino perplejo que arrastraba los pies hacia el periódico, la novia dormida, el propio Charlie— giraba a gran velocidad por el espacio a bordo del milagroso planeta al que llaman Tierra.

Más adelante me contaron una anécdota de Charlie en la que parecía resumirse esa virtud tan propia de él, la de prestar una atención agradecida a la belleza de la vida, que es lo que los franceses llaman *joie de vivre*. Es un momento pasajero, sin nada de complejo ni de alambicado, pero, en el fondo, hace hincapié en la más liberadora —y empoderante— de todas las enseñanzas de la vida.

Maybelle Carter, la matriarca de la música *country*, aconsejaba sin rodeos, mientras rasgueaba su guitarra Gibson, ir siempre por el lado de la vida donde da el sol. Tras sobrevivir a la peste negra, Juliana de Norwich, mística y visionaria del siglo xiv, escribió confiada que «todo irá bien, y toda suerte de cosas irán bien». La lección, tan simple y difícil a la vez, es que es posible saborear la vida por muchas penalidades, decepciones, luto y hasta brutalidad que nos depare. La opción de ver su belleza está a nuestra disposición en todo momento.

Los protagonistas de la anécdota eran Charlie y su querido golf. Mucho después de que pasaran a mejor vida sus compañeros de promoción del club de golf, Charlie siguió jugando con hombres mucho más jóvenes (octogenarios). Un día se quedó en el *green* mientras su pareja de golf bajaba a una trampa de arena donde había acabado una pelota descarriada. Poco después de perderlo de vista en el profundo búnker, Charlie advirtió un chorro de arena, junto con la pelota de su compañero, que se elevó, aterrizó en el suelo y rodó hasta detenerse en el césped. Luego... nada. Transcurrido un tiempo, Charlie se acercó al borde del *green* y, al asomarse, vio que su joven pareja (más joven que él, en todo caso) no conseguía salir de la trampa. Charlie no se veía capaz de sacarlo a pulso. ¿Qué hacer? No reaccionó con inquietud ni con alarma. Tampoco pensó: «¿Qué hacemos aquí? Ya no tenemos edad para estas cosas». Lo que se le escapó fue una carcajada, que se prolongó hasta que su pareja empezó también a troncharse de risa; y así estaban, riéndose, cuando llegó el siguiente grupo a rescatar al ochentón embarrancado.

Charlie hacía de vivir un arte. Y, como los grandes artistas, entendía que la vida siempre es una mezcla de

comedia y tragedia, de alegrías y penas, de coraje y miedo. Entre esas notas contrapuestas, elegimos el tono de nuestra existencia. Incluso cuando a Charlie le fallaban las fuerzas, cuando el campo de golf se había convertido en un campo de obstáculos, cuando la debilidad impuesta por el tiempo ya no se podía negar, optó por convertir su hierro en un bastón y llevarlo con garbo.

Quiso el destino que irnos a vivir enfrente de Charlie White fuera el principio de siete años de amistad. Desafiando a la estadística, llegó a ser uno de los últimos supervivientes, uno de los cinco entre cien mil de quienes se esperaba que llegaran a los ciento nueve. (Según las estadísticas, solo llegan dos a los ciento diez, y el último se apaga hacia los ciento once). Charlie fue uno de los últimos testigos vivos de la presidencia de William Howard Taft (1909-1913), uno de los últimos oficiales supervivientes de la Segunda Guerra Mundial; fue también uno de los últimos médicos que sabían lo que era ejercer la medicina antes de la penicilina, uno de los últimos estadounidenses que podían explicar cómo era conducir un coche antes de que hubiera autopistas y una de las últimas personas que se habían maravillado al ver, por primera vez, imágenes moverse en una pantalla y salir sonidos de una caja. Murió habiendo vivido casi la mitad de la historia del país. Nacido años antes de que Walter P. Chrysler (1875-1940) construyera el primero de sus coches, seguía en pie más de siete décadas después de la muerte de este, bastantes años para haber visto cómo envejecía el edificio homónimo, que pasó de ser un símbolo del glorioso futuro de Nueva York a un tótem de su pasado; bastantes años para haber deslizado (si no miente mi memoria) una esponja por un descapotable

morado y muy brillante con el emblema de Chrysler cuando este ya llevaba mucho tiempo muerto (un Chrysler, por cierto, equipado con control de apertura a distancia y entrada de USB para iPod).

Charlie era de ciencias. Como médico, sabía cómo funciona el cuerpo humano y cómo se detiene. Era el primero en defender que la extraordinaria longitud de su vida respondía a una carambola de la genética y la suerte. Aun así, mis reflexiones acerca de la vida de este amigo excepcional me han llevado a la conclusión de que él era algo más que una lección de historia viva o el ganador del gordo en una lotería genética. Fue un ejemplo digno de estudio de cómo prosperar —no solo sobrevivir— a lo largo de cualquier período de tiempo, corto o largo. Le preguntaban a menudo por el secreto de su longevidad, y él siempre hacía gala de una sinceridad escrupulosa: no hay secreto, solo suerte. Ahora bien, quizá no supiera ningún secreto para vivir tantos años, pero sí muchos sobre ser feliz. Capeando tragedias, pérdidas de seres queridos, pobreza, reveses, pasos en falso y ocasiones desaprovechadas, mantuvo siempre una constancia, una serenidad y una confianza en sí mismo que hoy en día podrían llamarse resiliencia. Tenía el don de sacarle todo el jugo a la alegría, aprovechar las oportunidades y aferrarse a lo importante. También le tenía pillado el truco como poca gente a algo aún más difícil: prescindir de todo lo demás.

Una vez, su hija Madelyn le contó a mi mujer un episodio que refleja a la perfección lo esencial del temple de su padre. Madelyn se había visto involucrada en una especie de drama vecinal: alguien le había dicho no sé qué a otra persona, quien, nada más darse la vuelta, le

había hecho no sé cuántos a una tercera, y ¿puedes creer que tal y tal han dicho y han hecho esto y aquello? De forma inevitable, Madelyn se vio expuesta a una llamada telefónica iracunda. Charlie, que lo oía todo desde la mesa de la cocina, esperó a que ella se hubiera quitado de encima a su interlocutor, y a que hubiera descrito la situación para hacer una pausa y aconsejar a su hija pequeña que no le diera importancia. Le dijo que alterarse era quitarse años de vida. «Yo para gente así no tengo tiempo», sentenció.

Su lacónico consejo condensaba siglos de sabiduría. Aunque Charlie no hubiera estudiado Filosofía, reconoció en sus palabras la esencia del estoicismo, una de las escuelas de pensamiento más duraderas y útiles que se han creado. Es una filosofía tan atractiva para un esclavo maltratado como Epicteto, el romano del siglo I que sonrió cuando el sádico de su dueño le retorció la pierna hasta rompérsela, como para el emperador romano del siglo II Marco Aurelio. Los estoicos defendían que para vivir bien se necesita una comprensión profunda de lo que controlamos y, lo que es más difícil, de lo que no está en nuestra mano controlar. Lo único que determinamos son nuestras propias acciones y reacciones, nuestras decisiones voluntarias. Epicteto enseñó que la verdadera educación consiste en aprender «a distinguir que, entre todas las cosas, algunas están en nuestro poder, pero otras no; están en nuestro poder la voluntad y todos los actos que dependen de ella. Lo que no está en nuestras manos son el cuerpo, las partes del cuerpo, las pertenencias, los padres, los hermanos, los hijos, nuestro país y, en líneas generales, todos aquellos con los que vivimos en sociedad».

Desde el punto de vista del esclavo, esta percepción era un testimonio de lo resuelto que estaba a vivir con sentido y dignidad a pesar de que su cuerpo y sus actos estuvieran controlados por un dueño. Aunque pudieran comprarlo y venderlo como un animal, a lo que no podían obligarle era a pensar, actuar o ser como un animal. «Las circunstancias difíciles son las que muestran a los hombres —les enseñaba, una vez libre, a sus alumnos—. Por tanto, cuando des con una dificultad, recuerda que la divinidad, como un maestro de gimnasia, te ha enfrentado a un duro contrincante [...] para que llegues a ser un vencedor olímpico. Pero no se llega a ello sin sudores».

Por los mismos motivos sedujo el estoicismo a Viktor Frankl, un neurólogo austríaco que sobrevivió a los campos de trabajo nazis. Durante su cautiverio en Dachau, observando a prisioneros ejemplares que ni en circunstancias tan abyectas renunciaban a su dignidad y buena fe, Frankl llegó a la conclusión de que «a un hombre se le puede quitar todo salvo una cosa: la última de las libertades humanas, que es la de decidir la propia actitud en cualquier circunstancia, la de elegir uno mismo la manera de hacer frente a lo que nos depara la vida». Con esta filosofía han sintonizado también varias generaciones de alcohólicos resueltos a ser libres de una adicción que los esclavizaba. «Que Dios me conceda la serenidad para aceptar lo que no puedo cambiar —es lo que rezan—, valor para cambiar lo que puedo cambiar y sabiduría para distinguir entre lo uno y lo otro».

Lo que entendió Marco Aurelio, por su parte, fue que, en algunos aspectos, somos todos esclavos, incluido el emperador de Roma. Somos esclavos del tiempo y el azar. Estamos unidos al destino de forma indisoluble. «Amar

únicamente lo que te acontece y lo que es tramado por el destino. Pues ¿qué se adapta mejor a ti?, escribió en sus *Meditaciones*. Otra de sus perlas fue la siguiente observación: «Muchas veces me he preguntado con admiración cómo cada uno se tiene en más estima que a todos y, sin embargo, toma en menos consideración su propia opinión que la de los demás».

Es la misma enseñanza a la que llegó el escritor y filósofo estadounidense Ralph Waldo Emerson: «En presencia de cualquier oposición, un hombre debe comportarse como si todo fuera nominal y efímero a excepción de él mismo». El escritor y periodista indio Rudyard Kipling, por su parte, elogió a los que «encuentran por azar al Triunfo y al Desastre, y a los dos impostores aceptan por igual».

«No le des importancia», aconsejaba Charlie sobre lo que no podemos controlar. Sin embargo, la compostura estoica también es el cimiento sobre el que se edifican las cualidades a las que nos referimos hoy en día como tesón y resiliencia. Entre todos los combustibles humanos, el que más lejos nos lleva es el estoicismo. Unos versos más allá, el famoso poema de Kipling mencionado antes encomia la independencia que permite...

*... forzar a tu cuerpo, al corazón y al nervio,
a obedecer tu orden, aunque ya se desinfle,
a aguantar el vacío de tu interior desierto
porque tú se lo mandas y le dices ¡resiste!*

«No le des importancia» y «¡Resiste!». Como en tantas grandes filosofías, lo que parece una dicotomía resultan ser dos caras de una misma moneda. Para asirse con firmeza a los designios bien formados de la propia voluntad

hay que quitarle importancia a la vanidosa idea de que se puede controlar a la gente, los acontecimientos o los altibajos del destino. No es posible cambiar lo que ya ha pasado, ni controlar del todo lo que está por llegar, pero sí elegir quién se es, qué se defiende y qué se tratará de conseguir.

Hace una sesentena de años que aprendo, olvido y vuelvo a aprender esta lección, pero creo que Charlie asimiló su esencia en un solo día y ya no la olvidó. No solo aprendía deprisa, sino que era un alumno prodigio, porque esta enseñanza, esta escurridiza clave de la satisfacción vital, la aprendió a los ocho años. Increíble.

Claro que tuvo un maestro desalmado, de severa eficacia.